



El tercio del Ósculo, con su característica túnica negra y capa naranja, es el tercero en desfilando el Miércoles Santo.



Dos nazarenos californios, en una vista cenital de la procesión.



Un integrante del tercio de soldados romanos, con su trompeta.

A las 21.00 horas abrieron las puertas de Santa María de Gracia y dos minutos más tarde atronó el primer cohete para dar comienzo a la procesión que encabezaban tres nazarenos y cuatro municipales vestidos de rigurosa gala; a los que siguieron el tercio femenino, el de granaderos, el trono insignia y el de la Cena, previamente preparado con un menú completo que constaba de una dorada por comensal, dos lubinas al centro y un cordero para compartir. De postre, un variado de frutas de temporada como la fresa y tropicales como la piña y el plátano, entre otros.

La conjura de los dátiles

El cortejo procesional, sin intempestivas meteorológicas que sortear, sirvió a los californios para resarcirse de un inicio malo, triste y pasado por agua. El pasado cabildo de los dátiles sirvió de conjura contra los elementos y como acto de reafirmación de convicciones en torno a lo que a todos los encarnados une: la fe en el Señor y la firme creencia de que su amada Cofradía es reina de la Semana Mayor. Con perdón de los marrajos.

Muy alegres quedaron los mayores y también y sobre todo los niños, que tuvieron dispensa y pudieron colarse excepcionalmente entre los tercios repartiendo todo lujo de dulces y acompañando a sus respectivas agrupaciones.

El tercio de 'judíos' despertó

los aplausos del público, que se vio apelado con la aparición del pífano y la castiza tradición de entonar la canción del Perico Pelao, que sonó al paso del trono del Prendimiento. La admiración se la llevó el Cristo flagelado, La Sentencia y el esfuerzo de sus sufridos portapasos, a los que dedicaron sendos vivas a su salida del templo de la calle del Aire.

Para erizar las pieles fue de nuevo el momento en el que salieron a la carrera los tres apóstoles, que el martes salieron de sus respectivos cuarteles para aguardar un día y converger en el siempre emotivo encuentro con la Virgen del Primer Dolor en la plaza de San Sebastián. Broche de oro para cerrar en el camino del Calvario un excelente relato bíblico, cuyo pasaje más doloroso se escribe este Jueves Santo con la muerte del Hijo de Dios para redención de toda la humanidad.



El trono del Lavatorio de los Pies, obra del escultor cordobés Francisco Romero.